

El Papa escribe en 'Vida Nueva' una reflexión inédita para una Pascua marcada por el coronavirus. A partir del "alégrense" de Jesús a las mujeres, reivindica la civilización del amor. Francisco llama a contagiarse con "los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad" para la reconstrucción en el día después de la pandemia. "Es el Resucitado que quiere resucitar a la humanidad entera", asevera en esta hoja de ruta que el Obispo de Roma regala a los lectores de la revista, a la Iglesia y a la sociedad.

Un plan para
resucitar
una meditación
Francisco

16

14

12

10

8

6

4

2

1

2

De pronto, **Jesús** salió a su encuentro y la saludó, diciendo: 'Alégrese' (Mt 28, 9). Es la primera palabra del Resucitado después de que **María Magdalena** y la otra **María** descubrieran el sepulcro vacío y se toparan con el ángel. El Señor sale a su encuentro para transformar su duelo en alegría y consolarlas en medio de la aflicción (cfr. Jr 31, 10). Es el Resucitado que quiere resucitar a una vida nueva a las mujeres y, con ellas, a la humanidad entera. Quiere hacernos empezar ya a participar de la condición de resucitados que nos espera.

Invitar a la alegría pudiera parecer una provocación, e incluso, una broma de mal gusto ante las graves consecuencias que estamos sufriendo por el COVID-19. No son pocos los que podrían pensarlo, al igual que los discípulos de Emaús, como un gesto de ignorancia o de irresponsabilidad (cfr. Lc 24, 17-19). Como las primeras discípulas que iban al sepulcro, vivimos rodeados por una atmósfera de dolor e incertidumbre que nos hace preguntarnos: "¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16, 3). ¿Cómo haremos para llevar adelante esta situación que nos sobrepasó completamente? El impacto de todo lo que sucede, las graves consecuencias que ya se reportan y vislumbran, el dolor y el luto por nuestros seres queridos nos desorientan, acongojan y paralizan. Es la pesantéz de la piedra del sepulcro que se impone ante el futuro y que amenaza, con su realismo, sepultar toda esperanza. Es la pesantéz de la angustia de personas vulnerables y ancianas que atraviesan la cuarentena en la más absoluta soledad, es la pesantéz de las familias que no saben ya como arrimar un plato de comida a sus mesas, es la pesantéz del personal sa-

nitario y servidores públicos al sentirse exhaustos y desbordados... esa pesantéz que parece tener la última palabra.

Sin embargo, resulta conmovedor destacar la actitud de las mujeres del Evangelio. Frente a las dudas, el sufrimiento, la perplejidad ante la situación e incluso el miedo a la persecución y a todo lo que les podría pasar, fueron capaces de ponerse en movimiento y no dejarse paralizar por lo que estaba aconteciendo. Por amor al Maestro, y con ese típico, insustituible y bendito genio femenino, fueron capaces de asumir la vida como venía, sortear astutamente los obstáculos para estar cerca de su Señor. A diferencia de muchos de los Apóstoles que huyeron presos del miedo y la inseguridad, que negaron al Señor y escaparon (cfr. Jn 18, 25-27), ellas, sin evadirse ni ignorar lo que sucedía, sin huir ni escapar..., supieron simplemente estar y acompañar. Como las primeras discípulas, que, en medio de la oscuridad y el desconsuelo, cargaron sus bolsas con perfumes y se pusieron en camino para ungir al Maestro sepultado (cfr. Mc 16, 1), nosotros pudimos, en este tiempo, ver a muchos que buscaron aportar la unción de la corresponsabilidad para cuidar y no poner en riesgo la vida de los demás. A diferencia de los que huyeron con la ilusión de salvarse a sí mismos, fuimos testigos de cómo vecinos y familiares se pusieron en marcha con esfuerzo y sacrificio para permanecer en sus casas y así frenar la difusión. Pudimos descubrir cómo muchas personas que ya vivían y tenían que sufrir la pandemia de la exclusión y la indiferencia siguieron esforzándose, acompañándose y sosteniéndose para

que esta situación sea (o bien, fuese) menos dolorosa. Vimos la unción derramada por médicos, enfermeros y enfermeras, reponedores de góndolas, limpiadores, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, abuelos y educadores y tantos otros que se animaron a entregar todo lo que poseían para aportar un poco de cura, de calma y alma a la situación. Y aunque la pregunta seguía siendo la misma: "¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?" (Mc 16, 3), todos ellos no dejaron de hacer lo que sentían que podían y tenían que dar.

Y fue precisamente ahí, en medio de sus ocupaciones y preocupaciones, donde las discípulas fueron sorprendidas

Dios jamás abandona a su pueblo, especialmente cuando el dolor se hace más presente

por un anuncio desbordante: "No está aquí, ha resucitado". Su unción no era una unción para la muerte, sino para la vida. Su velar y acompañar al Señor, incluso en la muerte y en la mayor desesperanza, no era vana, sino que les permitió ser unguidas por la Resurrección: no estaban solas, Él estaba vivo y las precedía en su caminar. Solo una noticia desbordante era capaz de romper el círculo que les impedía ver que la piedra ya había sido corrida, y el perfume derramado tenía mayor capacidad de expansión que aquello que las amenazaba. Esta es la fuente de nuestra alegría y esperanza, que transforma nuestro accionar: nuestras unciones, entregas... nuestro velar y acompañar en >>





ENCUEN TRO



» todas las formas posibles en este tiempo, no son ni serán en vano; no son entregas para la muerte. Cada vez que tomamos parte de la Pasión del Señor, que acompañamos la pasión de nuestros hermanos, viviendo inclusive la propia pasión, nuestros oídos escucharán la novedad de la Resurrección: no estamos solos, el Señor nos precede en nuestro caminar removiendo las piedras que nos

paralizan. Esta buena noticia hizo que esas mujeres volvieran sobre sus pasos a buscar a los Apóstoles y a los discípulos que permanecían escondidos para contarles: “La vida arrancada, destruida, aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo”¹. Esta es nuestra esperanza, la que no nos podrá ser robada, silenciada o contaminada. Toda la vida de servicio y amor que ustedes

han entregado en este tiempo volverá a latir de nuevo. Basta con abrir una rendija para que la Unción que el Señor nos quiere regalar se expanda con una fuerza imparable y nos permita contemplar la realidad doliente con una mirada renovadora.

Y, como a las mujeres del Evangelio, también a nosotros se nos invita una y otra vez a volver sobre nuestros pasos y dejarnos transformar por este

Notas

1. R. Guardini, *El Señor*, 504.
2. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 13.
3. Pontificia Academia para la Vida. *Pandemia y fraternidad universal. Nota sobre la emergencia COVID-19* (30 marzo 2020), p. 4.
4. Eduardo Pironio, *Diálogo con laicos*, Buenos Aires, 1986.

anuncio: el Señor, con su novedad, puede siempre renovar nuestra vida y la de nuestra comunidad (cfr. *Evangelii gaudium*, 11). En esta tierra desolada, el Señor se empeña en regenerar la belleza y hacer renacer la esperanza: “Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18b). Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente.

Si algo hemos podido aprender en todo este tiempo, es que nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todo los discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos. La Pascua nos convoca e invita a hacer memoria de esa otra presencia discreta y respetuosa, generosa y reconciliadora capaz de no romper la caña quebrada ni apagar la mecha que arde débilmente (cfr. Is 42, 2-3) para hacer latir la vida nueva que nos quiere regalar a todos. Es el soplo del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir presente (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Urge discernir y encontrar el pulso del Espíritu para impulsar junto a otros las dinámicas que puedan testimoniar y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia. Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos pue-

de proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).

En este tiempo nos hemos dado cuenta de la importancia de “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral”². Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común; y si las autoridades sanitarias ordenan el confinamiento en los hogares, es el pueblo quien lo hace posible, consciente de su corresponsabilidad para frenar la pandemia. “Una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad”³. Lección que romperá todo el fatalismo en el que nos habíamos inmerso y permitirá volver a sentirnos artífices y protagonistas de una historia común

No podemos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos

y, así, responder mancomunadamente a tantos males que aquejan a millones de hermanos alrededor del mundo. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar “¿dónde está tu hermano?” (Gn, 4, 9) y, en nuestra capacidad de respuesta, ojalá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reser-

vorio de esperanza, fe y caridad en la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado.

Si actuamos como un solo pueblo, incluso ante las otras epidemias que nos acechan, podemos lograr un impacto real. ¿Seremos capaces de actuar responsablemente frente al hambre que padecen tantos, sabiendo que hay alimentos para todos? ¿Seguiremos mirando para otro lado con un silencio cómplice ante esas guerras alimentadas por deseos de dominio y de poder? ¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos? ¿Adoptaremos como comunidad internacional las medidas necesarias para frenar la devastación del medio ambiente o seguiremos negando la evidencia? La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad. No tengamos miedo a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es “una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio. La civilización del amor se construye cotidianamente, ininterrumpidamente. Supone el esfuerzo comprometido de todos. Supone, por eso, una comprometida comunidad de hermanos”⁴.

En este tiempo de tribulación y luto, es mi deseo que, allí donde estés, puedas hacer la experiencia de Jesús, que sale a tu encuentro, te saluda y te dice: “Alégrate” (Mt 28, 9). Y que sea ese saludo el que nos movilice a convocar y amplificar la buena nueva del Reino de Dios. ●

Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?

JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA. CARDENAL ARZOBISPO DE BARCELONA Y PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Este título puede parecer provocador en estos tiempos de incertidumbre y dolor. Pero, ¿no era provocadora la noticia que dieron las mujeres a los apóstoles cuando volvieron de ver el sepulcro vacío? Asustadas, pero alegres, les dijeron: “Su cuerpo no está en el sepulcro. ¡Ha Resucitado!”. Y el corazón de los apóstoles se sobresaltó y su actitud interna empezó a cambiar. La esperanza brotó en sus corazones y fueron al sepulcro a comprobar que no estaba allí el Señor. El papa **Francisco** nos ha regalado esta preciosa meditación, *Un plan para resucitar*, transida de esperanza. Nos ayuda a mirar la realidad en su profundidad y a descubrir que hay cosas nuevas que ya brotan, pero que habrá que estar atentos para ayudarlas a crecer. Algunos místicos decían que el hombre nace con tres ojos: los de la cara, los de la inteligencia y los del corazón. Y decían que podemos pensar que, cuando vemos la realidad con los ojos de la cara, ya lo hemos comprendido todo. Pero no es así, la inteligencia nos hace comprender cosas que los ojos de la cara no ven ni entienden. De ahí que sea necesaria la reflexión para comprender bien. Pero aun

así no basta para llegar al fondo; es necesaria otra mirada más profunda, la que se hace con los ojos del corazón. Es lo que Francisco indica cuando habla de que tenemos que hacer un buen discernimiento, pasar las cosas por el corazón y bajo la mirada de Dios. En esta pandemia van apareciendo valores que pensábamos que ya no existían. Si sabemos cuidarlos, son brotes anunciadores de una hermosa primavera. Me impresiona cómo ha aparecido el valor del servicio y entrega en los médicos, enfermeros, personal de los hospitales, cuerpos de seguridad, bomberos, voluntarios, etc., hasta el punto incluso de dar la vida. Ha brotado el valor de la solidaridad en personas, empresas, conventos, familias, haciendo mascarillas, trajes, respiradores... gente entregando parte de su sueldo para vencer la pandemia y cuidar a los más desfavorecidos. No podemos dejar de agradecer la labor de sacerdotes, religiosos, cuidadores de personas mayores, gente anónima entregada a consolar, a ayudar a los que sufren, a dar materiales de trabajo a niños y jóvenes. ¡Cuanta generosidad! ¡Cuánto

amor verdadero, gratuito, desinteresado! Brotes verdes que anuncian una nueva primavera. El Papa nos pide estar atentos a un detalle: no globalizar la indiferencia. Nos invita a no considerar a los otros como enemigos, sino como hermanos. Y para crecer en fraternidad, para vencer la pandemia y los otros males que vendrán tras ella, será necesario trabajar todos juntos: Gobierno, partidos, sociedad, instituciones civiles y religiosas, empresarios, asociaciones... Solo unidos venceremos el virus de la indiferencia, el COVID-19 y otras pandemias como el hambre, la exclusión, el desprecio de la vida, las guerras... ¿Seremos capaces de darnos la mano y luchar unidos por un mundo más humano, libre, solidario, justo, más respetuoso de la persona y abierto a Dios? ¿Seremos capaces de optar por una vida

menos estresada, más contemplativa, más capaz de escuchar y de relacionarse con los demás? ¿Seremos capaces de ganar menos dinero para que otros tengan para vivir? ¿Será posible una gestión más eficaz de los recursos que evite la corrupción y asegure una economía más humana? Eso es lo que el Resucitado nos enseñó. Así trataron de vivirlo los primeros cristianos. Eso es lo que nos pide el Señor este año. Y el anuncio sigue siendo el mismo: “Hermano, Aleluya, Cristo ha Resucitado. Sigue vivo. Está entre nosotros. Aleluya”. Están naciendo brotes nuevos y debemos cuidarlos para que crezcan y nos hagan caminar por un mundo nuevo que se acerque más a la existencia que nos aguarda para la eternidad. Este es el deseo de Francisco. ¡Gracias, Santo Padre, por su mensaje!

